

María busca el amor en línea en cuatro citas.

La primera: Oso feo y la chica fresca, mamuca.

¡...Cinco, cuatro, tres, dos, unooo, feliz año nuevo! Estaba claro que los propósitos para este 2015 tendrían que ser pensados de manera más clara y precisa para que, AHORA SÍ, se hicieran realidad. Fue con esta intención que antes de que terminaran las campanadas, decreté: “tener pareja”.

Como esta vez si me tomé más en serio este tema, a los pocos días de haber iniciado el año que, todo indicaba en el ritual, sería “el bueno”, decidí que haría caso a la recomendación de mi mejor amiga para inscribirme a una página para “encontrar el amor” en línea.

Esta era la segunda vez que lo hacía y ya me daba una idea de la dinámica, solo que ahora estaría explorando una nueva página. Subí la fotografía que más me gustó de la noche de año nuevo, en la que según yo, me veía más joven y sexy. Seleccioné con toda seguridad la opción de “busco amigos”. Fui honesta al armar mi perfil: “debo aclarar que no confío mucho en estas redes pero también reconozco que hay que renovarse o morir” y ¡comenzó la acción!

Era realmente emocionante ver cómo empezaban a llegar los correos con las “alertas” de los hombres que querían conectar conmigo. Así, comencé a agregar a quienes de acuerdo a su foto y perfil, me atraían más.

Llegó la hora de la primera cita. *Oso feo* era el nombre que usaba en la página. Su aspecto era una combinación entre hippie, rockero y chacal. La forma en que comenzó a fluir la conversación por el chat fue simpática y muy amena. A los 7 días de pláticas cibernéticas me invitó a salir. Me daba emoción y miedo conocerlo. “Y sí no es el de la foto”, “y si la foto es de hace 10 años”, “y si está feo”, “y si me cae mal”. Eran una serie de pensamientos los que jugaban en mi mente. Claro, pensamientos egoístas solo hacia su persona, porque nunca pensé “y si yo no le gusto”...Camino a la cita, iba yo pensando si realmente yo quería una pareja, y si sí, si realmente la quería conocer por este medio. Total, me ganó más la curiosidad y decidí ir y salir de todas las dudas.

Cuando llegué al punto de encuentro, -muy tradicional, debo agregar- y lo vi sentado, su perfil no me desagradó pero ya que lo tuve enfrente, quería dar la media vuelta y correr. No me gustó de primera vista. Nos saludamos de beso. “Hola, amor”, fueron sus palabras, me tomo de la mano y ¡comenzamos a caminar tomados de la mano!

Habríamos avanzado un par de cuadras hacia la Plaza de la Constitución y yo ya no sabía si quería decirle que “siempre no” o seguir caminando. Me ayudó mucho a tranquilizarme el hecho de estar en uno de mis lugares favoritos en la Ciudad, pues eso me distraía y

dió pie a una agradable plática. El momento del “¿me das un beso?” llegó al cruzar Bolívar. Definitivamente, pensé que la famosa cita duraría a lo mucho, unos 30 minutos más. Le dije que no y le pedí que nos sentáramos un rato. En eso, el siguiente tradicional momento de la ocasión: ¡me entrega una rosa! misma que había ocultado bajo su chamarra. ¡Oh, dios!

Para ese momento, yo me sentía tan abrumada, por un lado, por estar viviendo una cita que hace años no sabía ya de qué se trataban. Por otro, por estar viviendo justo, los momentos que no me gustan, el famoso beso, la famosa flor, en fin. A partir de aquí, decidí que no lo volvería a ver porque, definitivamente no me gustó físicamente y no me sentía a gusto con el momento, pero que iba a disfrutar la tarde.

“Quiero echarme un cigarrito”, le dije. Entonces, después de haber escuchado todo su desacuerdo acerca de los arreglos que le están haciendo al Centro de la Ciudad y lo peligroso que han resultado algunos de éstos, además de haber conocido el kilómetro cero en la Ciudad, finalmente, no sentamos afuera de un centro comercial, en plena calle. Cuando vi que la cosa se estaba tratando de experimentar y romper rutinas, solté la resistencia. Para el siguiente acto: “te traje un regalo, que está muy pinche seguramente para una chica fresca como tú, igual y lo tiras a la basura” (original forma de entregar un presente).

Un par de aretes de cuarzo azul salieron de su bolsillo del pantalón, entre boletos del metro, credencial de elector y monedas. Quise ser amable y me puse los colgantes, que dicho sea de paso, si me gustaron. Al ver que los estrenaría en ese momento, me regaló también una de sus tantas pulseras que llevaba puestas. (Pulsera que ahora, me hace recordar gratamente, una rica tarde en el Centro con una persona que al igual que yo, solo trata de compartir su soledad, tal vez, la diferencia entre ambos, es que él lo hace con más honestidad y apertura que yo).

Para esa hora, yo comenzaba a sentir hambre y estaba a punto de decirle que fuéramos a comer cuando me dijo las palabras –ahora sí- mágicas: “¿ya quieres comer? ¿te gustaría conocer una cantina de verdad en nuestra bellísima ciudad?. A partir de ahí, algo ocurrió dentro de mí que todo comenzaba a verlo “original” y disfrutable.

Las dos naciones, fue el lugar elegido. Yo, feliz de entrar por fin, a una cantina en el Centro. Tenía tiempo que quería hacerlo. Pasamos cuatro horas entre bola y bola y canciones de quienes desfilaban por el lugar, platicando sobre los respectivos divorcios y nuestra “mala suerte” para tener pareja.

El ambiente arrabalero de la cantina, me hizo sentir la sencillez de la vida, lo fácil que es disfrutarla y ver a la gente hacerlo. Descubrí lo interesante que hay al compartir con alguien una tarde por primera vez en nuestras vidas.

Disfruté el caldo de camarón, las tortas en salsa verde, las patitas de puerco y por supuesto la fresca y rica cerveza. Estaba realmente disfrutando ese momento que yo me estaba regalando, que dije “qué tanto es tantito” y que le doy sus besotes al Oso...

Mi deber de mamá me exigió terminar la cita. Caminamos de regreso, admirando la tranquilidad de Avenida Juárez en un domingo las 7 de la noche y de Paseo de la Reforma en una noche sin tráfico.

Hicimos algunas paradas para besarnos y la caminata ayudó a que se bajara el efecto de la tarde tan a gusto en la cantina.

Después de esta cita, entré en una confusión tremenda al tiempo que recibía los mensajes cariñosos del Oso, hasta que un día me reveló algo importante que, en mucho sirvió para que yo entendiera porque él desde el primer día, estaba tan “entregado” a este contacto: “soy hipertenso, probablemente tengo cáncer, así que quiero aprovechar cada día de mi vida al máximo, por eso sé que eres tú la mujer con quien quiero estar el resto de lo que me quede de vida, pero si me bateas, no pasará nada”. ¡Estas palabras tan solo después de una cita!

Por un lado, sé que quiero una pareja, por otro lado, me aterra la idea de ver que tenga un “ideal” de hombre porque sé que eso no es real. Durante los tres meses que duró mi búsqueda, se venían a mi mente frases que algunas de mis amigas me han dicho: “ay, ya te diste cuenta que puros jodidos te buscas”, “qué, todavía no llega quien te merezca”... La confusión tuvo su lapso y me mantuve en la búsqueda del amor en línea. Vinieron otras tres citas que ya les compartiré. Por cierto, el contacto con el Oso terminó cuando quería dejarme un documento en que me autorizaba que yo podría ayudarlo a buen morir cuando enferme...tan solo por habernos visto una vez, en un lapso de casi un mes, con uno que otro chat y algunos momentos durante éstos en que hubo ciertos temas que no me gustó tratar con él, además de que fui honesta y le dije que no me había interesado como pareja pero si como amigos... ¿Creen que si sea yo una “chica fresa, mamuca, como me llamaba el Oso?...